

FENRIS, EL ELFO

PRÓLOGO: PLENILUNIO

Un aullido rasgó la noche y, como un agónico lamento, se elevó hacia la luna llena que presidía el cielo estrellado. Un aullido estremecedor, que parecía cargado de tristeza, miedo, dolor y odio.

El extranjero se detuvo al oírlo y lo escuchó con atención, como si pudiera comprender su mensaje. Había sonado muy cerca, pero esto no pareció asustarle. Cuando la voz de la criatura se extinguió, el hombre sonrió levemente y, alzando el farol en alto, se desvió de su camino para acudir a su encuentro.

Sabía que era un intruso en aquella tierra salvaje, pero había atravesado las montañas sin prestar atención a las advertencias que traían los aullidos de los lobos.

Aquel, sin embargo, era diferente, y el extranjero lo sabía. Y, aunque el tenebroso lamento no volvió a repetirse, esto tampoco pareció importarle.

Intuía la presencia de la criatura acechando en la penumbra, pero nada en su actitud demostraba que la hubiese detectado. Y cuando, finalmente, el lobo saltó sobre él con un gruñido de triunfo y los ojos ardiendo como carbones encendidos, el extranjero reaccionó con calma, rapidez y precisión, alzando las manos y pronunciando unas palabras en un lenguaje arcano, vedado a la mayoría de los mortales.

Hubo un fogonazo de luz y un gáñido de dolor, y el enorme lobo se vio lanzado hacia atrás y cayó al suelo. Aún trató de incorporarse y plantó cara al hombre, gruñendo amenazadoramente. Pero la descarga se repitió, y el lobo aulló de dolor y se derrumbó en el suelo, inconsciente.

El extranjero permaneció quieto durante unos instantes, observando a la criatura con una mezcla de curiosidad y fascinación. Cuando, finalmente, se aproximó unos pasos, la temblorosa luz del farol no iluminó el cuerpo de una bestia, sino el de un joven esbelto, de enmarañado cabello castaño cobrizo. Yacía boca abajo sobre la hierba, desnudo, pero el desconocido pudo ver su rostro. Asintió, como si lo hubiera esperado, pero frunció el ceño al apreciar que la figura no era humana: los rasgos de su semblante eran demasiado delicados, sus ojos eran grandes y almendrados y sus orejas, que sobresalían entre los mechones cobrizos de su pelo, acababan en punta. A pesar de su aspecto salvaje y desaliñado, no lucía ni sombra de barba.

El extranjero se quitó la capa y cubrió con ella el cuerpo desnudo del elfo.

Después, se sentó a esperar.

Cuando el elfo abrió los ojos, una alegre y cálida hoguera crepitaba junto a él. Reaccionó deprisa; se puso en cuclillas y lanzó una hosca mirada a su acompañante, que lo contemplaba tranquilamente desde las profundidades de la capucha de su túnica gris. El elfo gruñó y se dispuso a saltar sobre él, pero el extranjero señaló el cielo con calma. El otro miró en la dirección indicada y solo vio la luna llena, blanca, redondeada, perfecta. Instintivamente, gimió y se cubrió el rostro con los brazos, tratando de protegerse de su suave resplandor. Sin embargo, se detuvo de pronto y contempló sus brazos sin vello, sus manos que no eran garras, sus dedos, finos y largos.

El extranjero sonrió al verlo mirar, incrédulo, la luna llena y sus propias manos, una y otra vez.

—Verás, el conjuro no durará mucho —dijo con suavidad, sobresaltando al elfo, que se volvió de forma cautelosa para mirarlo—. No tardarás en volver a ser un lobo, así que

espero que tengamos tiempo de mantener... una civilizada charla.

El elfo lo miró largo rato, tratando de comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Quién eres? —preguntó al fin.

—Me has atacado en la oscuridad y te he devuelto tu forma élfica —replicó el otro secamente—. Creo que me corresponde a mí hacer las preguntas: ¿quién eres tú?

El elfo alzó la cabeza. El fuego se reflejaba en sus grandes ojos ambarinos, que nada tenían de humanos. Aunque no podía ver el rostro del extranjero, sabía que estaba sosteniendo su mirada. Finalmente, bajó de nuevo la cabeza y exhaló un ligero suspiro.

—Me llaman Fenris —dijo; su voz era agradable y melodiosa como la de todos los elfos, pero había en ella cierto tono amenazador y salvaje—. Y soy un licántropo.

—Ya lo había notado —observó el extranjero—. No sabía que los elfos pudierais padecer la licantropía.

—Me has devuelto mi verdadera forma —replicó Fenris—. ¿Se ha roto la maldición?

—Me temo que no. Como te he dicho, se trata de un conjuro de duración limitada. Solo te protegerá temporalmente de los efectos de la luna llena. Tres horas, probablemente; aunque para entonces ya estará a punto de amanecer.

—Eres un mago —comprendió el elfo.

El humano asintió.

—Y creo que puedo ayudarte.

En la mirada de Fenris apareció un brillo de desconfianza.

—He conocido a otros magos. Ninguno pudo ayudarme. Además, nadie ofrece nada a cambio de nada.

—En eso tienes razón —admitió el mago—. Tengo una

oferta que hacerte, y sospecho que te interesará, pues ambos podemos salir beneficiados. Pero antes necesito comprobar que realmente eres el tipo de persona que estoy buscando.

Ahora fue Fenris quien permaneció en silencio, pero su mirada hosca y suspicaz fue lo bastante elocuente.

—Necesito saber quién eres, de dónde vienes y cómo has llegado hasta aquí.

El elfo dejó escapar una seca carcajada que sonó casi como un ladrido. El mago sonrió.

—¿O prefieres que deshaga el hechizo para que puedas volver a rondar por aquí como un lobo hambriento? No muy lejos, junto al río, hay una hacienda donde viven dos niños sanos y rollizos. ¿Te dirigías hacia allí cuando saltaste sobre mí para devorarme?

Fenris palideció y se estremeció violentamente.

—Intuyo que prefieres charlar —comentó satisfecho el mago.

Sin embargo, el elfo no dijo nada.

—Sé por tu mirada que has matado antes, joven elfo —insistió el hechicero—. Sangre inocente, ¿verdad? No puedes controlar al lobo las noches de luna llena y te horroriza convertirte en una bestia, pero no tienes valor para poner fin a tu vida. Yo puedo rescatarte de todo esto.

Fenris le disparó una mirada llena de antipatía y se envolvió en la capa; se dio cuenta entonces de que se trataba de la capa del mago, y de que esta era la única prenda que lo cubría. No obstante, eso no pareció importarle.

—Pero estábamos hablando de tu pasado, querido amigo —prosiguió el mago—. Ibas a contarme cómo has llegado hasta aquí.

—¿Quién quiere saberlo? ¿Un hombre que oculta su rostro? —replicó el elfo, de mal humor.

El mago rió con suavidad y se retiró la capucha. Las llamas iluminaron las facciones de un hombre de mediana edad que, sin embargo, parecía consumido prematuramente. Su cabello gris caía a ambos lados de su rostro seco de finos labios, nariz recta y ojos oscuros, alentados por un extraño brillo febril.

—¿Satisfecho..., Fenris? —sonrió el mago—. Un nombre curioso para un elfo.

—Hace mucho que ya nadie me llama por mi verdadero nombre —murmuró el elfo, contemplando el fuego, pensativo—. El nombre que me pusieron mis padres cuando nací, hace ciento cuarenta y cuatro años.

Un lobo aulló en la lejanía, pero ninguno de los dos le prestó atención. Inmerso en los recuerdos del pasado, Fenris el elfo empezó a relatar su historia.

1. EL ATAQUE

El sonido de un cuerno se extendió sobre las copas de los árboles y ascendió hacia la luna llena que brillaba majestuosa en el cielo nocturno. Los Centinelas se apresuraron a colocarse en sus puestos y cargaron los arcos. El Paso del Sur, uno de los pocos accesos al Reino de los Elfos, estaba siendo atacado.

No era sencillo entrar en la tierra de los elfos, rodeada por lo que llamaban el Anillo, un círculo de frondoso e intrincado bosque, casi impenetrable, que la protegía de los extraños. Los Centinelas, encargados de vigilar aquella frontera vegetal, eran elfos medio silvestres que se movían con más comodidad en lo más profundo del bosque que en las elegantes ciudades élficas del corazón de su tierra. Si bien los demás elfos los consideraban salvajes y poco refinados para tratarse de elfos, sabían también que nadie conocía el Anillo como ellos, y que podían estar seguros de que su reino seguiría a salvo mientras la mirada vigilante de los Centinelas todo lo abarcara.

Aquella noche, el peligro era muy concreto. Corrían tiempos de escasez, y las tierras que rodeaban el Reino de los Elfos se habían agostado. Muchos animales habían acudido a refugiarse al frondoso bosque-frontera, que conservaba su frescura y su exuberancia gracias a los cuidados de los brujos y los druidas, y todos ellos habían sido bienvenidos. Sin embargo, los Centinelas tenían orden de no dejar pasar a ningún humano, a no ser que trajese un salvoconducto firmado por el Rey de los Elfos.

Pero no eran del todo humanos, ni tampoco exactamente animales, los que aquella noche trataban de asaltar el Paso del Sur, un desfiladero que abría una brecha en el Anillo y llevaba hasta un sendero que conducía al corazón del Reino. Estaba defendido por un baluarte compuesto por dos fuertes pero

elegantes torreones, entre los cuales había un portón cerrado que los Centinelas vigilaban celosamente. Eilai, una joven Centinela de ojos ambarinos y largo cabello color miel, escrutaba el horizonte desde las almenas, con su arco a punto. Una veintena de sombras oscuras corría hacia ellos, ladrando y aullando.

—¿Es que no se rinden nunca? —murmuró, irritada.

A su lado, Anthon frunció el ceño.

—¡Licántropos! —escupió con desagrado—. Los detesto.

Los licántropos eran personas que podían transformarse en animales, pero en la mayoría de los casos la palabra se refería a los hombres-lobo. Era una anomalía que no se daba entre los elfos, y estos, que despreciaban a los humanos por considerarlos inferiores a ellos, no solían emplear la expresión “hombre-lobo”, puesto que la encontraban ciertamente insultante para los lobos.

Eilai no respondió. Aquellas criaturas llevaban ya tiempo tratando de entrar en el Reino de los Elfos. El mes anterior se habían dividido y habían intentado penetrar en el Anillo por distintos frentes y por separado, ya que el intrincado bosque no permitía que entrasen todos a la vez. Los Centinelas, dueños y señores del Anillo, habían repelido el ataque, pero aquellos seres eran difíciles de matar, y ahora, un mes después, volvían a la carga empleando la estrategia contraria: un ataque frontal contra uno de los accesos principales del reino.

Los atacantes se acercaban. Anthon y Eilai tensaron sus arcos todavía más, pero no dispararon hasta que el Capitán dio el orden. Entonces, una lluvia de flechas cayó sobre los asaltantes, un grupo de enormes lobos que ya estaban a punto de cargar contra la puerta. Todas las saetas dieron en el blanco, pero las criaturas no las notaron más que si se tratase de simples picaduras de mosquito.

—¡Al corazón! —oyeron gritar al Capitán—. ¡Es la única manera de matarlos!

—No es la única —murmuró alguien en voz baja.

Eilai comprendió por qué lo decía. Los hombres-lobo eran físicamente muy fuertes, y la gran capacidad de regeneración de su cuerpo los hacía casi invulnerables, por lo que la única forma de acabar con ellos era acertar directamente en el corazón, produciéndoles una herida de la que no pudieran recobrase. Sin embargo, la leyenda afirmaba que también la plata era mortal para aquellos seres. Pero, fuera cierto o no, equipar a los Centinelas con armas de hoja de plata era un gasto demasiado elevado que el Rey no estaba dispuesto a asumir.

Volvió a sonar la señal, y los Centinelas dispararon de nuevo. Solo un hombre-lobo cayó, abatido por una flecha que le atravesó el corazón, y comenzó a transformarse rápidamente en un ser humano.

—Así no vamos a detenerlos —dijo Anthor, cargando el arco de nuevo—. No podemos acertarles en el corazón desde aquí arriba.

—Deberíamos bajar a defender la puerta —opinó Eilai, disparando cuando sonó otra vez la señal.

Un sonido de astillas rotas le dio la razón. Los licántropos habían llegado hasta la puerta y cargaban contra ella. Sus enormes garras rascaban la madera con furia y ya habían logrado abrir un par de boquetes.

—Sí —dijo Anthor—. No aguantarán mucho tiempo ahí abajo.

También el Capitán se había dado cuenta. Ordenó a la mitad de sus Centinelas que bajaran a asegurar la puerta, mientras los mejores tiradores se quedaban en las almenas. Eilai vio que Anthor le decía algo al Capitán. Este asintió. Entonces, el Centinela se volvió hacia ella.

—Quédate aquí —le dijo—. No tardaré.

Eilai quiso llamarlo, pero la señal se oyó de nuevo y tuvo que disparar otra vez junto a los demás arqueros. En esta ocasión hubo más suerte, ya que algunos de los hombres-lobo se habían alzado sobre sus patas traseras para arremeter contra la puerta, dejando el pecho descubierto. Cayeron dos más.

Eilai cargó el arco otra vez, pero su aguda vista élfica percibió algo que se movía hacia el oeste en la oscuridad. Su momentánea distracción le impidió disparar al mismo tiempo que los demás. Colocó una nueva flecha en la cuerda, sacudió la cabeza y se mordió el labio inferior, indecisa. Las sombras habían desaparecido, pero ella sabía perfectamente que las había visto.

Abajo, en el túnel que unía las dos puertas del baluarte, los Centinelas tenían problemas. Cuando Anthon y los demás llegaron, sus compañeros estaban empujando lo que quedaba de la puerta que daba al exterior, pero la lucha parecía haberse decantado por el bando contrario. Enormes y terroríficas garras asomaban por los boquetes que habían abierto en la pesada puerta de madera, y al otro lado los gruñidos de los hombres-lobo venían cargados de odio, de muerte y de locura.

—¡No podremos resistir mucho más! —gritó alguien.

Apenas acababa de decirlo cuando la puerta cedió definitivamente y dos enormes lobos saltaron al interior del bastión, entre una nube de astillas. Uno de ellos se arrojó sobre el elfo más próximo. Sus compañeros le oyeron gritar un momento, y después...

El otro lobo, por el contrario, fue a encontrar la muerte a manos de un Centinela que disparó a bocajarro en el último momento. A aquella distancia no podía fallar: la flecha se clavó en el corazón de la criatura.

Los elfos cargaron contra el primer lobo, pero había más entrando por la abertura. Anthor lanzó una flecha que se clavó en el cuello de uno de ellos; el licántropo se la sacudió de encima y siguió corriendo. Lanzando una maldición por lo bajo, Anthor dejó el arco a un lado y extrajo una daga de su cinto.

—Ojalá funcione —murmuró para sí mismo aprestándose a defenderse, mientras el lobo se abalanzaba sobre él.

Con un salvaje grito de guerra, Anthor alzó el puñal en alto y, cuando el cuerpo del enorme lobo cayó sobre él, le hundió la daga en el pecho.

Y, a pesar de que no le acertó en el corazón, el lobo aulló de dolor; Anthor vio que el filo de su daga estaba corroyendo la carne de la criatura, produciéndole una herida humeante, parecida a una quemadura de ácido. Sacó el arma del cuerpo del lobo y volvió a hundirla de nuevo, esta vez en el corazón.

Se sacudió de encima el cadáver del hombre-lobo, que volvía a metamorfosearse en hombre, y contempló su daga con sorpresa.

—¡Entonces, era verdad! —murmuró para sí.

Vio que sus compañeros tenían problemas. Seguían tratando de defender la puerta. Por fortuna, los licántropos solo podían entrar de dos en dos, pero eran enemigos formidables y varios elfos yacían muertos cerca de la entrada. Enarbolando su daga, Anthor se dispuso a reunirse con los resistentes, cuando alguien le cogió del brazo.

—¡Eilai! —exclamó el elfo al reconocerla—. ¿Qué haces aquí?

—He visto algo desde las almenas, Anthor. La manada se ha escindido. Un grupo se dirige hacia el oeste. Creo que van a intentar entrar en el bosque atravesando el río por el vado.

Anthor movió la cabeza, incrédulo.

—¿Una maniobra de distracción? No son tan inteligentes.

El rostro de Eilai era ahora de piedra.

—Eso fue lo que dijo el Capitán cuando se lo conté, pero yo sé muy bien lo que he visto. Y me ha dado la sensación de que estos tres sabían exactamente adónde iban.

Anthor frunció el ceño. Otro licántropo acababa de entrar por la abertura, y el elfo cargó su arco y disparó varias flechas seguidas. Eilai lo secundó.

—¿Insinúas que debemos acudir al vado? —dijo Anthor cuando el hombre-lobo cayó finalmente, abatido por una flecha de Eilai—. ¡Es aquí donde tenemos problemas!

—¿Es que no lo entiendes? ¡Todos los Centinelas de la frontera sur estamos concentrados en este lugar! Los otros accesos han quedado sin vigilancia.

—¡Pero no podemos acudir al vado! ¡Eso sería desobedecer las órdenes del Capitán!

—¡Él no ha visto cómo esos tres se separaban del grupo! Yo no pienso permitir que atraviesen la frontera, Anthor. Me voy a defender el vado; me da igual lo que pase después.

Eilai disparó un par de flechas más y retrocedió hasta la puerta que daba al Reino de los Elfos, y que los hombres-lobo todavía no habían alcanzado. Anthor alzó de nuevo su daga, pero vio por el rabillo del ojo cómo Eilai se deslizaba fuera del baluarte, dejando atrás la terrible batalla a muerte que se estaba desarrollando allí mismo, entre elfos y bestias. Anthor vaciló. Finalmente, soltó un juramento por lo bajo y la siguió.

La alcanzó ya en pleno bosque, pero no trató de detenerla. Sabía que las intuiciones de Eilai solían ser acertadas, de modo que se colocó a su lado con gesto hosco y la acompañó a través de la espesura en dirección al vado.

La pareja llegó al río un rato después y se ocultó entre los árboles. Ambos prepararon sus arcos y esperaron, con los músculos en tensión. Si, efectivamente, los licántropos trataban

de entrar por allí, aunque los dos elfos eran excelentes tiradores, tal vez solo tendrían una oportunidad de cogerlos por sorpresa y acertarles en el corazón.

No tardaron mucho en distinguir tres pares de ojos brillando en la oscuridad, al otro lado del río. Eilai tensó la cuerda del su arco, pero Anthor le indicó con un gesto que aguardara un poco más.

Tres enormes lobos salieron de entre los árboles y se dirigieron a la orilla. El más grande, de color negro y con una oreja partida, parecía ser el líder. Se adelantó y husmeó en el aire, pero los dos elfos se habían asegurado de colocarse de manera que la brisa soplase hacia ellos, y el lobo no percibió su olor. Gruñó satisfecho y se inclinó para beber. Sus dos compañeros debían de tenerle mucho respeto, puesto que no se acercaron a beber hasta que el lobo negro hubo terminado.

Anthor y Eilai apuntaron a los dos más grandes. El líder se internó en el vado y alzó la cabeza.

Anthor bajó un poco el arco y frunció el ceño.

El lobo negro parecía estar mirando en su dirección.

Los había descubierto.

—¡Eilai, no! —susurró, pero era demasiado tarde.

La flecha salió disparada, cruzó silbando el río y fue a clavarse en el costado de uno de los lobos, que cayó al suelo con un gemido, mientras su cuerpo comenzaba a transformarse rápidamente. Eilai le había dado en el corazón.

Anthor disparó la suya, aun a sabiendas de que fallaría; el licántropo de la oreja partida la vio venir, de modo que la esquivó, saltando a un lado con un ladrido colérico. Los elfos cargaron de nuevo los arcos y dispararon su segunda flecha. Eilai acertó al tercer lobo en la pata; sin embargo, este apenas pareció sentir el impacto, y echó a correr hacia ellos, siguiendo a su líder. El lobo negro también había recibido un flechazo, pero siguió

avanzando como si no lo hubiera notado. Ya sabía exactamente dónde estaban y corría a través del vado, con un brillo de locura asesina en su mirada. Eilai y su compañero dispararon más flechas, tratando de abatirle. Todas ellas se clavaron en el blanco, pero eso no detuvo a la criatura.

El lobo dio un salto y se perdió entre la espesura. Los dos elfos se incorporaron y, espalda contra espalda, miraron a su alrededor, inquietos, con las saetas colocadas en sus arcos y los músculos tensos. Ambos se habían dado cuenta de que se enfrentaban a un enemigo formidable y más inteligente de lo habitual.

—¿Dónde se ha metido? —susurró Anthon.

Eilai se estaba haciendo la misma pregunta.

Hubo un susurro y la sombra de un lobo saltó hacia ellos desde los matorrales. Los dos elfos se volvieron con la rapidez del relámpago y dispararon a la vez. Oyeron un gáñido y el sonido de un cuerpo que caía. Anthon corrió para rematarlo. Eilai lo siguió.

La criatura se había transformado en un hombre desnudo, de cabello oscuro, sucio y desgredado, y rostro taimado, ahora congelado para siempre en una mueca de dolor y sorpresa. Estaba muerto, pero Anthon se inclinó sobre él para asegurarse. Descubrió que aún tenía una flecha hundida en la pierna, aparte de aquella que le acababa de acertar en el corazón. Anthon frunció el ceño. Le habían clavado muchas otras flechas mientras cruzaba el vado. Su mirada se detuvo sobre sus pequeñas y redondeadas orejas, y se le congeló la sangre en las venas.

Ambas estaban enteras.

Se incorporó de un salto y se volvió hacia Eilai para avisarla.

Demasiado tarde. Con un ladrido de triunfo, el enorme lobo negro de la oreja partida saltó sobre ella desde la oscuridad.

La elfa lanzó una exclamación de sorpresa y alzó los brazos instintivamente para protegerse. La criatura cayó pesadamente sobre ella y su mandíbula se cerró sobre el antebrazo derecho de Eilai, que gritó de dolor. Ambos rodaron por el suelo. Los colmillos del lobo se cernieron ahora sobre el cuello de la Centinela.

Anthor corrió hacia ellos; tenía el arco preparado y, aunque no era sencillo acertar a un blanco en movimiento, disparó. La flecha se clavó en los cuartos traseros de la criatura, pero eso ni siquiera la distrajo. Eilai logró lanzarle una estocada con su cuchillo de caza, pero tenía el brazo herido y no le acertó en el corazón. Anthor maldijo por lo bajo, sacó su propio puñal y, con un grito salvaje, se arrojó sobre el lobo. Logró hundir la daga en su espalda, y en esta ocasión el licántropo lanzó un horrible alarido de dolor y se sacudió al elfo de encima, tratando de alejar de sí aquella arma que abrasaba su carne como ni siquiera el fuego lograba hacerlo. Anthor se puso en pie inmediatamente y se volvió hacia él, sosteniendo su puñal en alto. El lobo gruñó amenazadoramente, pero se apartó de Eilai, que esgrimía también su cuchillo dispuesta a utilizarlo, y a no fallar en esta ocasión.

Antes de desaparecer entre la espesura, el licántropo clavó en Anthor una mirada llena de odio, demasiado inteligente para ser animal y demasiado salvaje para ser humana.

Anthor no se movió. Había quedado paralizado momentáneamente por aquella mirada y supo, con total seguridad, que nunca lograría olvidarla.

En otras circunstancias habría ido en pos del hombre-lobo hasta matarlo, pero Eilai estaba herida, y ambos sabían muy bien lo que ello significaba.